



COR AD COR

didaskalos

De fuente a fuente y tiro porque desborda la corriente

Francisco Vidal



COR AD COR
didaskalos

FRANCISCO VIDAL

DE FUENTE A
FUENTE Y TIRO
PORQUE DESBORDA
LA CORRIENTE



Imagen de portada: Cristo en la gloria derramando su sangre, dibujada por Isabel Arias

Autor: © Francisco Vidal

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-24668-2025

ISBN: 978-84-19431-66-0

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
DE FUENTE A FUENTE	7
FUENTE REAL	11
FUENTE CORDIAL	15
FUENTE ÁRBOL	19
FUENTE LUMINOSA	23
FUENTE VIVA	27
FUENTE PARA SEDIENTOS	31
FUENTE DE AMOR	35
FUENTE PALABRA	39
FUENTE TRANSFORMANTE	43
FUENTE DE FE	47
FUENTE EN EL CAMINO	51
FUENTE DON	55
FUENTE SURTIDOR	59
FUENTE VIVIFICANTE	63
FUENTE INAGOTABLE	67
FUENTE IMPRESCINDIBLE	71
FUENTE DE MISERICORDIA	75
FUENTE ENTREGADA	79
FUENTE TEMPLO	83

	<i>Págs.</i>
FUENTE TORRENTE	87
FUENTE FUEGO	91
FUENTE LUZ	95
FUENTE DE BENEVOLENCIA	99
FUENTE SOBREABUNDANTE	103
FUENTE ACTIVA	107
FUENTE RECREADORA.	111
FUENTE DE SANGRE	115
FUENTE BAUTISMAL	119
FUENTE UNGIDA.	123
FUENTE DE INMORTALIDAD	127
FUENTE DE PERDÓN	131
FUENTE DE SALVACIÓN	135
APÉNDICE	139

De Fuente a fuente

Cuántas tardes en familia jugando a la Oca. Qué alegría nos daba cuando caíamos en la casilla de la oca, pues *de oca a oca y tiro porque me toca*. Pero la alegría era mayúscula si caías en la casilla del puente, pues *de puente a puente y tiro porque me lleva la corriente*.

Este librito que tienes entre tus manos no son unas instrucciones del juego de la oca. Pretende ser una ayuda para la vida interior. Sí, hay que mirar hacia dentro para descubrir que Dios quiere convertirnos en surtidor, en fuente. Para que Él lo pueda hacer tenemos que acudir a Él, que es la fuente misma.

Esta es la imagen protagonista de estas letras: la fuente. Acercarse a Dios es acercarse a la Fuente de la Vida.

Por eso, ¡de Fuente a fuente y tiro porque desborda la corriente! En esta vida puedo tirar, seguir jugando, seguir viviendo, porque hay una fuente que desborda en Cristo y quiere también desbordar en mí.

Lo propio de esa fuente es desbordar, rebosar... Los Discípulos de los Corazones de Jesús y María compartimos la práctica de rezar ante el Santísimo Sacramento unas letanías al Sagrado Corazón de Jesús, en las que pedimos al Padre: «Oh, Padre, que en el Corazón de tu Hijo, formado en el seno de María, nos revelaste cuánto nos amas y nos hiciste capaces de responder a tu amor, haz que siga manando sobre nosotros el agua de su costado y que desde nosotros rebose como fuente para muchos, por el mismo Jesucristo nuestro Señor».

Solo si sigue manando sobre nosotros el agua de su costado podemos acoger en don del amor y podemos responder con amor. Diría el refranero español que «amor con amor se paga». Pero aquí no se trata de pagar, sino de rebosar. El amor de Dios que mana del costado abierto de Cristo nos baña, nos inunda,

nos llena hasta rebosar en nosotros y, así, nos convierte en una fuente para muchos, para todos los que quieran beber de esa fuente inagotable.

¡Qué gran regalo! Dios nos quiere rebosantes porque solo así podemos vivir la vida con la alegría de darnos a los demás. De la Fuente, que es Cristo, a mi corazón que es fuente. Ese es el camino que queremos recorrer juntos para reconocer que vivimos porque rebotamos. Vivimos porque nos hacen rebosar.

Sí, *de Fuente a fuente y tiro porque desborda la corriente*. No se trata de una rima más o menos bonita, ni de una regla de un juego de mesa. Se trata de un programa de vida. Vivir así: de Fuente a fuente...

Fuente real

Recuerdo en una convivencia con jóvenes que llegado a un momento uno dijo: “Padre, vamos a hacer un *BeReal* póngase”, cosa que no tenía ni idea de lo que significaba. “Una foto de este momento para subirla a las redes”. Luego supe que es una aplicación de redes sociales para compartir fotos que promueve la autenticidad, o eso dice, al enviar una notificación diaria a los usuarios para que tomen y publiquen una foto en dos minutos, sin filtros ni ediciones.

Bueno, pues no es tan original lo del *BeReal*, pues salvando las distancias, este dibujo de la portada es un *BeReal* que nos manda Cristo desde su gloria.

Se trata de una adaptación de un dibujo italiano del siglo XVII, que se encuentra en el museo del Prado, y que sirvió de apunte para la decoración de la capilla del bautismo en la basílica de San Pedro. Lleva por título: *Cristo en la gloria derramando su Sangre*.

La fuente de su costado no se abrió hace dos mil años como algo anecdótico o como un hecho histórico. Sino que se abrió y todavía no se ha cerrado. Así sigue Cristo en la gloria, derramando su sangre.

La fuente de su costado sigue brotando para empapar al que se deja redimir por Él y así convertirse en fuente para otros. ¡La Redención es un don desbordante! Por eso hemos pintado en color azul, pues el dibujo consistía en un apunte, el agua que brota del costado de Cristo para que se visualice bien el desbordar de la fuente.

No hemos elegido para portada del libro una imagen del costado abierto de Cristo en la Cruz, que hubiera sido lo lógico, de hecho, fue la idea inicial. Sino esa instantánea gloriosa, pues este dibujo representa a Jesús en la gloria, en brazos del Padre y a la sombra de las alas del Espíritu Santo. Consiste en una escena presente. Hoy Cristo está así en el cielo rebosante para nosotros.

Lo profesamos en el Credo: fue crucificado y al tercer día Resucitó. El Corazón de Jesús al ser traspasado no dejó de latir. Porque ha resucitado sigue latiendo, sigue manando. ¡Jesús está vivo! ¡Es real!

En este *BeReal*, no aparece Jesús sólo. Si la imagen la vemos de abajo a arriba entenderemos la lógica. De mis manos paso al agua azul; de ahí al costado abierto de Jesús; de éste al costado del Padre. Un Padre que está con los brazos abiertos porque: *Tanto ha amado Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna* (Jn 3, 16).

Además, hemos elegido este dibujo porque sintetiza muy bien la lógica del libro que tienes entre tus manos.

Por un lado, este librito es un apunte que te ayude a tomar conciencia del Don recibido en el Bautismo. No consiste en un accesorio. Es un don que ha fundado nuestra vida y nos hace ser de un modo nuevo. Una gran novedad: soy Hijo de Dios.

Pero no está ya todo hecho. ¡Hay que dejarse llenar de esa fuente hasta rebosar! De ahí que nos acerquemos al Corazón de Cristo para que él modele nuestros afectos, nos enseñe a entregar la vida, nos haga uno en su amor y finalmente nos haga fuente de amor.

Fuente cordial

Comenzamos un camino dedicado a contemplar el corazón del Señor, el corazón de Cristo. Ya hemos dicho que Dios, el Señor, el redentor, tiene corazón. Y ese corazón es humano. Este camino nos conduce hasta la misma puerta del misterio de Dios. El costado de Cristo está abierto y podemos, entonces, descubrir qué es lo que hay en las entrañas más profundas de su corazón redentor.

Lo primero que descubrimos es que este corazón es como una fuente. Pero es una fuente muy especial pues esta fuente es inagotable: fuente inagotable de vida y de misericordia y, en definitiva, fuente inagotable del amor.

Entrar en el misterio del corazón de Cristo es entrar en el misterio de Dios como fuente, de la que brota el agua que da vida, el agua que purifica, el agua que vivifica y, sobre todo, y más importante, el agua que regenera; que nos da una vida nueva. El corazón de Cristo es una fuente de la que brotan los sacramentos, una fuente de la que brota el don del Espíritu que nos va a divinizar a través de estos sacramentos.

Comencemos por la primera fuente: el misterio de Dios Padre, la fuente del origen. Juan Pablo II en una poesía preciosa de su *Tríptico romano* habla del misterio de Dios como fuente, ese manantial inagotable: «Si quieres la fuente encontrar, tienes que ir arriba, contra la corriente. Empéñate, busca, no cedas. Sabes que ella tiene que estar aquí. ¿Dónde estás, fuente? ¡¿Dónde estás, fuente?!»

En segundo lugar, nos acercamos a Cristo fuente y a su invitación de ir a Él y beber de Él. Ir a él para transformarnos. Esta fuente es activa porque nosotros también estamos llamados a convertirnos en fuente.

Y no nos olvidamos de que ese camino a la fuente es camino eclesial. La Iglesia es la fuente de la gracia porque es la fuente de la que mana hoy el agua que nace del costado de Cristo.

En definitiva, nuestro camino consiste en acercarnos al misterio del corazón del Señor para descubrir la fuente donde tenemos que beber esa agua fresca, esa agua viva que da frescura a nuestra vida y que nos vivifica, nos regenera.

Hacer este camino es muy importante porque, a veces, pensamos que no tenemos solución. Una de las frases que hoy se repite mucho es: «es lo que hay», aludiendo a que ya no hay nada más, ni puede haber nada más. El misterio del corazón del Señor nos ayuda a entender que «es lo que hay» es una mirada pobre. El Señor nos dice que puede haber mucho más si le dejamos actuar en nosotros, si nos dejamos empapar por esta agua salvadora. Vamos, pues, a entrar en el misterio del corazón de Cristo para beber de esa fuente que nos regenera y que nos da la vida plena, la vida eterna, la vida nueva.

Fuente árbol

Contemplar el misterio del corazón de Cristo en la cruz, en el árbol de la cruz, nos evoca rápidamente a otro lugar: al árbol del Paraíso. Y, también tenemos que decirlo, a otro gran corazón, el del Padre. Del corazón de Cristo en la cruz podemos remontarnos al corazón del Padre en la creación.

Aquel árbol del bien y del mal y el árbol de la vida, en el centro del paraíso, son signos del gran corazón. San Juan Pablo II en el librito *Signo de contradicción*, que recoge los ejercicios que dio al Papa Pablo VI y a algunos cardenales, dice que lo que se contempla en los primeros libros del Génesis es el

gran corazón, el gran corazón de Dios. Vemos que el motivo de la creación, el motivo de la alianza es la lógica del amor: «tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo» y, así, el amor de Dios al mundo se convierte en la lógica de entrega con la que comienza la creación.

Podríamos decir que la creación es la primera palabra de amor que Dios Padre da al hombre. En la creación también se sella la alianza porque allí hay un pacto de Dios con el hombre. Todo esto nos lleva a reconocer cómo el Dios creador no es un demiurgo, no es simplemente el motor inmóvil que ha puesto en funcionamiento el mundo y se desentiende. No, detrás de todo esto hay un gran corazón; un Dios que ama y que ama profundamente al hombre y, por eso, no va a parar hasta que el hombre acoja la plenitud que le quiere dar.

Hay un plan de Dios, y esto es muy importante; Dios no hace las cosas por casualidad. Dios tiene las cosas muy bien pensadas, tiene un proyecto; y ese proyecto es el de la plenitud, es el de la grandeza de nuestra vida. Y esta grandeza comienza descubriéndose en la creación como ese don, ese regalo, que el Padre nos ha hecho a cada uno de nosotros por amor.

Decía Pascal que «el corazón tiene sus razones». También el corazón de Dios tiene sus razones y, ¿cuáles son las razones del corazón de Dios? Su amor, su entrega, ese anhelo de agrandar nuestra vida y ensanchar nuestros deseos y de darnos una plenitud. El pecado rompe esta lógica del amor del Creador porque dirige el amor hacia nosotros mismos. De ahí que, frente al primer mandamiento que es amar a Dios sobre todas las cosas, nuestra experiencia nos dice que nos amamos a nosotros mismos más que a todas las cosas y más que a las otras personas y, por eso, nos perdemos la grandeza de la vida.

Vamos a pedirle al Señor que nos manifieste en su corazón el corazón del Padre, porque en lo más profundo del corazón de Jesús hay un inmenso amor al Padre. Vamos a pedirle a Él que nos conceda profundizar en el misterio del corazón de Dios para acudir a esa fuente del amor, para entender que todo está hecho por amor y que a nosotros nos ha hecho para amar.

Que la Virgen María, cuyo corazón es tan parecido al de Cristo, nos conceda la gracia de aprender a amar.

Fuente luminosa

Estamos experimentando cómo desde el corazón de Cristo nos remontamos como si siguiéramos un río que va hacia el manantial desde donde brota la fuente de verdad. Así, nos remontamos al origen y vemos que desde el origen de la creación lo que contemplamos es ese gran corazón. Ese gran corazón de Dios es el origen de todo, ese gran corazón que crea porque ama y porque ama, crea, hace alianza y sale al encuentro del hombre. Por eso la imagen de la fuente, nos ayuda a entender el misterio del corazón de Dios.

San Juan de la Cruz tiene una poesía preciosa dedicada a Dios como fuente. En medio de su noche

oscura dice «que bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche» y sigue: «sé que no puede ser cosa tan bella que cielos y tierra beben de ella. Su claridad nunca es oscurecida y sé que toda luz de ella es venida». Para el santo, se trata de un cantar del alma que se goza de conocer a Dios por la fe.

Dios es la fuente de la belleza. Dios es la fuente de la luz. Ese gran corazón, el gran corazón de Dios, es el que hace emanar la belleza y el que hace nacer la luz. De ahí que en nosotros debe nacer una profunda gratitud. Gratitud a Dios por la belleza; ¡cuántas cosas bellas descubrimos en nuestra vida! Para empezar, la misma vida que viene de Dios. Dios es origen y es origen de todo don. El corazón de Dios como fuente nos permite entender que es la fuente de todo don; Dios es el dador, el que regala.

Si la creación es el primer regalo, ahora toda la historia del hombre y toda mi historia las puedo entender como una lista de regalos de Dios. Dios va regalando al hombre hasta que se regala a sí mismo. Para poder entender el misterio de Dios, o al menos atisbarlo, nos ayuda la imagen de la fuente y, por tanto, la realidad del don, la realidad del regalo. Dios se da en aquello que nos da. Por eso la creación tiene una dinámica de don, que, cuando la contemplo, des-

cupro que hay alguien que se da y, por consiguiente, alguien que ha de recibir. La fuente de todo don, Dios, precisa ahora alguien que acoja ese don.

Sin embargo, Dios quiere regalarnos más cosas. Dios quiere dar dones continuamente y tenemos que aprender a saber acogerlos, pues somos los receptores de los dones de Dios.

Todo don, toda cosa buena, proviene de Dios. Como hemos dicho con esa poesía tan bonita de San Juan de la Cruz: la belleza de las criaturas proviene de Él. Pero también viene la luz: cuánta luz en nuestra vida nos ha permitido comprender la belleza de nuestra vida y la belleza de nuestra vocación. Si Dios es fuente, tenemos que acudir a la fuente del amor para beber y redescubrir la gratitud.

Hoy es un día para dar gracias a Dios por todos los dones que tenemos, por todos los regalos que nos ha dado y, sobre todo, darle gracias porque detrás de cada regalo está su gran corazón; ese amor del Padre hacia ti y hacia mí.

Este libro que tienes entre tus manos no son unas instrucciones del juego de la oca. Pretende ser una ayuda para la vida interior. Sí, hay que mirar hacia dentro para descubrir que Dios quiere convertirnos en surtidor, en fuente. Para que Él lo pueda hacer tenemos que acudir a Él, que es la fuente misma. Cada capítulo de este libro es una invitación a beber de la Fuente que no se agota y, al mismo tiempo, a descubrir cómo nuestra propia vida está llamada a convertirse también en fuente para otros.

Hay fuentes que sólo se dejan escuchar cuando el alma aprende a callar. En este libro, Francisco Vidal —autor ya reconocido por sus obras en *Didaskalos*— nos invita a volver al manantial primero: Dios. *De fuente a fuente* es un libro para quienes se sienten sedientos en mitad del camino, y para quienes desean dejarse transformar desde dentro. No ofrece recetas rápidas, sino un modo de mirar, de caminar y de vivir: el de quien sabe que toda auténtica fecundidad nace del encuentro silencioso con la Fuente divina. Un libro para leer despacio... y volver a él muchas veces.